

EL CONJURO MÁGICO

Y OTROS CUENTOS

EMILIA MATILLA ÁLVAREZ
ALMUDENA (DENA) ABELLÁN MARÍN
JUANA MARÍA VIVANCOS GABARDA
LAURA MORALES NAVARRO
MARÍA JOSÉ GRASA CÓLERA
ÁNGELA FERNÁNDEZ MOYA
JUANA PUERTA FERNÁNDEZ
AURELIO RODRÍGUEZ MUÑOZ

EDICIÓN DE JUAN PEDRO ROMERA



EDITORIAL
**ESPACIO
PARA CONTAR**
espacioparacontar.com

BIBLIOTECA
DE CUENTOS
MARAVILLOSOS

EL CONJURO MÁGICO

Y OTROS CUENTOS

EMILIA MATILLA ÁLVAREZ, ALMUDENA (DENA)
ABELLÁN MARÍN, JUANA MARÍA VIVANCOS GABARDA,
LAURA MORALES NAVARRO, MARÍA JOSÉ GRASA
CÓLERA, ÁNGELA FERNÁNDEZ MOYA, JUANA PUERTA
FERNÁNDEZ, AURELIO RODRÍGUEZ MUÑOZ

EDICIÓN DE JUAN PEDRO ROMERA

EDITORIAL ESPACIO PARA CONTAR
2018

Dirección de la colección: Juan Pedro Romera
Diseño de la colección: Daniel Caballero
Ilustración: Surangkana Jomjunyong

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Todos los derechos reservados

Título original: La aldea sin alma y otros cuentos
© De los textos: sus autores
© De la presente edición:
Editorial Espacio para Contar, 2018
C/ Carril de los Juanes, 12
30012—Murcia (España)
Teléfono: 649 09 08 11
info@espacioparacontar.com
www.espacioparacontar.com

ISBN: 978—84—948135—5—9
Depósito Legal: MU 572—2018
Impreso en España/Printed in Spain

PRÓLOGO	5
QUÉ ES Y CÓMO SE DESARROLLA EL TALLER ÉRASE TU VEZ	7
LA NIÑA ALADA	9
EL TRAJE DE NINJA	17
CORAJE	25
EL CONJURO MÁGICO	33
EL BOSQUE DE VOZ CLARA	41
ZAPATOS	47
AL FINAL, BRILLÓ	53
DE UN PLANETA MUY LEJANO	61
“AHORA TE TOCA A TI”	71
“ÉRASE TU VEZ”	77

PRÓLOGO

No hay dos sin tres, dice el refrán, pero nosotros estamos convencidos de que habrá muchos cuentos, muchos libros como éste, porque hay tantas historias como personas. El conjuro mágico y otros cuentos tiene la magia del cuento fantástico —como fantásticas son nuestras vidas— pero además tiene el poder de conjurar miedos, expresar deseos inacabados, reírse de las adversidades y hasta llorar por tanta desdicha. La vida tiene esas cosas, que nos construye un cuento que, a veces, no nos gusta, otras nos apasiona. Y ese cuento permanente se va transformando para contarnos tantas cosas como necesitamos saber y así pasamos con pie firme por este relato tan completo que es el vivir.

Los días 8, 9 y 10 de junio de 2018 se realizó en Murcia, en la Casa de la Piedra, la tercera edición del taller “Érase tu vez” y este volumen es el fruto de tan mágica experiencia.

Emilia Matilla Álvarez, Almudena (Dena) Abellán Marín, Juana María Vivancos Gabarda, Laura Morales Navarro, María José Grasa Cólera, Ángela Fernández Moya, Juana Puerta Fernández y Aurelio Rodríguez Muñoz son los artífices de tanta pericia. Ellas y él han transformado el relato de su vida en un cuento maravilloso que nos aporta claves vitales a los demás, que nos deja un cuaderno de campo

para que nos sirva de guía en este riguroso caminar. Por ello le estamos muy agradecidos.

Y ahora te invitamos a que pases la página y leas los cuentos, que también son de tu vida.

¿QUÉ ES Y CÓMO SE DESARROLLA EL TALLER ÉRASE TU VEZ?

Un grupo de personas se recluyen durante un largo fin de semana para contar la historia de su vida en clave simbólica, como un cuento maravilloso. Y esto que parece nada, es todo.

Antes de venir ya se habían lanzado a rescatar de la memoria los recuerdos que el inconsciente permite alumbrar. Y con este trabajo hecho empieza el taller. Baile, juegos, risas, ejercicios muy serios, emociones y poesía. Esos pocos ingredientes y muchos otros que aportan las metáforas, los símbolos y la relación entre iguales van a ir tejiendo el trabajo del fin de semana.

Tendrán que aprender el lenguaje de la metáfora, tan olvidado ya, y para eso los juegos y ejercicios que les planteamos les hacen rescatar una memoria atávica, algo inserto en el bagaje cultural de cada ser humano, como un ADN poético, que les hará poder afrontar la escritura de su cuento.

Llega la hora del cuento final y, junto al miedo instalado, la sorpresa de lo conseguido, de ver que se puede hacer sin problemas, que cualquiera puede escribir el cuento de su vida y conjurar fantasmas.

Y cuando pensamos que todo está correcto, la cámara nos mira para que le contemos el cuento, ahora con el código oral, haciendo

gala de una gran memoria. Y es este último combate el más decisivo, porque la cámara se ha convertido en un dragón de grandes fauces, en un espejo mágico que nos devolverá nuestra imagen tal y como la mostramos, o como creemos que la mostramos.

Nos despedimos con la nostalgia del adiós, pero con la grandeza de haber participado en algo que nos llena de vida: nuestra vida es tan intensa e interesante como la de nuestros compañeros del curso y, quizás, como la de toda la humanidad, es cosa de los arquetipos.

*Gracias
a mi padre y a mi madre por darme el regalo de la Vida. Por crear, regar y cuidar con amor
y valentía todas las ramas de nuestro árbol hasta en las peores circunstancias.*

*Dedicado
a la memoria de mi hermana Karmele, que vive siempre en el corazón de nuestro árbol fami-
liar. A mis sobrinas Naroa y Ariadna, y mi sobrino Iván, las ramas más jóvenes y fuente
de inspiración para mí y gozo y alegría para tod@s.*

*Gracias a las personas que a lo largo del camino han creído en mí más que yo misma,
porque cada una de ellas me ha regalado, con su amor, una pluma, y con ellas me han ido
creciendo alas.*

*Gracias a Juan Pedro por su generosidad y gran corazón al crear “Érase tu Vez”,
Gracias a “Érase tu vez” por crear un puente que al cruzarlo me ha permitido rescatar las
alas de la infancia y volar por primera vez como la mujer que soy hoy, escribiendo este cuento.*

¡Feliz vuelo a tod@s los corazones alados!

LA NIÑA ALADA

EMILIA MATILLA ÁLVAREZ

 uentan las más viejas del lugar que hace muchos años, en un recóndito paraje del País del Norte, donde la vista sólo alcanzaba a ver las cumbres nevadas de sus majestuosas montañas, vivió una niña alada, de nombre Hadaritzza.

Era hija de un Árbol Mago y de una Hiedra Sabia que juntos gobernaban con amor e inteligencia el Bosque de la Eterna Primavera. Los valles y laderas del Bosque los cubría un manto de flores de todos los colores. El más bello que vuestros ojos hayan visto jamás. Los seres que allí vivían eran respetados, desde los más pequeños animalillos hasta las más altas ramas de los grandes y frondosos árboles. Todos vivían en armonía, respetándose y ayudándose entre sí. En la noche de San Juan, como era tradición en aquel lugar, celebraban la Fiesta Mágica, en la que todas las uniones eran posibles. La combinación del agua y el fuego daba el poder a cada habitante del bosque de seguir el llamado de su corazón y expresar su amor. Ya sea piedra, gacela o flor, no había distinción. El Árbol Mago y la Hiedra Sabia se unieron, como cada festividad, al calor del fuego, que derritió sus corazas y liberó sus corazones, ansiosos de amar y ser amados. El agua de sus hojas se condensó en gotas de rocío y se mezclaron entre sí, dotándoles del poder mágico de la creación. Pasados unos meses, el Bosque de la Eterna Primavera

se cubrió con un manto blanco de profundo silencio. Pareciera que hasta el tiempo se hubiera dormido. En una de las cuevas de Zugarra, la más caliente e íntima de aquel lugar, que el bosque custodiaba y protegía de presencias extrañas, les nació una niña Alada, iluminando y alegrando su hogar.

Muchas primaveras vivió la niña en el bosque, rodeada de los seres que lo habitaban, jugando y haciendo todo aquello que se le ocurría, como carreras de caracoles y lombrices transportando hormigas, o entrenar a las ranas azules de la charca esmeralda a dar saltos de pértiga en las olimpiadas montaÑeras, que siempre ganaba Zuñú, el saltamontes. La última idea de Hadaritza era formar una banda de rock de chicas. Quería contar con Hiedra Salvaje, famosa por sus agudos, y con Campanilla de la Pradera y sus hermanas, que siempre daban la nota. Todas juntas escribirían sus canciones y darían conciertos multitudinarios en el Bosque de la Eterna Primavera, del País del Norte. Serían famosas y grabarían muchos discos con la discográfica Girasol. Para las cuerdas de sus guitarras utilizarían los lirios azules y con los juncos de la ribera harían un arpa gigantesca que tocarían con la vara de poder del árbol más longevo, consiguiendo así armonizar los corazones de quienes las escucharan. Al día siguiente quedaron para ensayar, Hadaritza ya tenía la primera canción, se llamaría “Hiescorra”, melodía muy antigua que solo las más viejas recordaban. Cantarla tenía el efecto mágico de escapar de un lugar, situación o persona que no deseabas. Hadaritza no sabía si era verdad, pero aquellas palabras de la Antigua Lengua la atraían mucho.

Cerca de allí la altiva Amapola las miraba pero sin participar. Envidiosa y vengativa por no ser invitada se alió con el Agujero de la Profunda Oscuridad, que era el peor enemigo del Bosque de la Eterna Primavera. El Agujero de la Profunda Oscuridad vivía en una cueva a las afueras y desde allí lo veía todo. Mirando a Hadaritza se encaprichó de ella y la quiso sólo para él. Ideó un plan y

pidió ayuda a la altiva Amapola para que la condujera a un lugar del bosque en busca de madroños y allí, detrás de unos matorrales, la esperaría. Con un pequeño empujón de Amapola, Hadaritza caería en su agujero y sería suya para siempre. Su plan funcionó muy bien y los dos estaban muy contentos. En aquel preciso momento, no muy lejos de allí el Bosque de la Eterna Primavera comenzó a oscurecerse. Una nube negra absorbía la luz y los colores sustituyéndolos por tonos grises. Nadie sabía qué estaba pasando, pero no auguraba nada bueno. En pocos segundos cayó sobre ellos una terrible tormenta de rayos, truenos y lluvia que amenazaba a los habitantes del bosque. Quien pudo buscó refugio, pero el viento soplaba tan fuerte que era difícil encontrar un lugar donde guarecerse. Papá Árbol y Mamá Hiedra gritaban angustiados buscando a Hadaritza. Sabían que aquella desgracia tenía el sello del Agujero de la Profunda Oscuridad. Sus corazones temblaban de miedo por la niña. Mientras tanto Hadaritza, dolorida por la caída y desconcertada por no ver nada, oía la amenazante voz del Agujero de la Profunda Oscuridad, dándole órdenes. Sus ojos no habían tenido tiempo de adaptarse a la falta de luz y ya le tocaba barrer y fregar el suelo, recoger los cachivaches apilados de unas desvencijadas estanterías y ordenar los experimentos de su laboratorio. Era allí donde conseguía cambiar el clima a su antojo y manipular uniones entre diferentes especies sin su consentimiento. Todo lo contrario a lo que ocurría en el Bosque de la Eterna Primavera la noche de San Juan, donde las Uniones eran Sagradas. Tantas tareas tenía Hadaritza que no le daba tiempo a pensar en su nueva situación. Cuando por fin pudo parar sintió una gran pena, echaba de menos a sus padres, amigas y amigos. Y para aliviar su corazón derramó unas lágrimas que a medida que iban resbalando por sus mejillas se convertían en perlas de nácar que rodaban en fila india por el suelo, señalando un camino que la conducía a una profunda cavidad en la cueva. Sólo podía entrar gateando y por supuesto no podía

permitirse mirar atrás, donde todo era negro como el tizón. Llegó al final y se encontró con una cámara amplia y redonda, horadada manualmente por sus ancestros. Había dibujos en sus paredes que así lo confirmaban. Contaban la historia de los elementos, el agua para fluir y abrir caminos entre las rocas más resistentes, como así se lo habían demostrado sus lágrimas. Nombraban al segundo elemento, el fuego, que aportaba luz y entendimiento hasta en las situaciones más oscuras. De repente los troncos apilados en el centro de aquella estancia se encendieron y sus lenguas de fuego, que tenían el poder de hablar, le contaron la historia de aquel lugar y del Agujero de la Profunda Oscuridad. Cuando este nació, su mamá y su papá lo querían tanto que se peleaban cada día por estar con él y cuidarlo. Lo que empezó inocentemente se convirtió en una batalla para conseguir su cariño. La situación llegó a tal extremo que cada uno, queriendo superar al otro, agasajaba con muchos regalos a aquel niño, que, de tantas muestras de afecto, aborreció el amor y se convirtió en un niño triste e incomprendido. Se alejó de su mamá y su papá y decidió no amar a nadie ni ser amado nunca. Buscó una cueva profunda donde esconderse y donde no lo encontraría nadie. Mientras tanto su mamá y su papá entristecieron y murieron de pena reconociendo su error. “Tan malo es no amar ni ser amado como amar sin medida y pensar sólo en uno mismo y una misma”. Pero ya era tarde para solucionarlo, nunca volvieron a ver a su hijo. Cuidaban de él desde el cielo porque la historia de aquel lugar también contaba que “Lo que es arriba es abajo”, que “Todo y todos estamos conectados”. Y el Agujero de la Profunda Oscuridad un día observando la vida de Hadaritz, a su familia, sus amistades y lo que se divertía sintió un pinchazo en el corazón, pero no le hizo caso. Desde ese día soñaba que él también estaba en el Bosque de la Eterna Primavera jugando y divirtiéndose, rodeado de amigos y amigas que lo querían y a los que él quería sin condiciones. Pero al día siguiente pensaba que solo era un sueño

imposible de alcanzar y la envidia y los celos conquistaron su corazón hasta apoderarse de Hadaritzta.

Las lenguas de fuego también contaron la historia de Amapola, era la séptima de catorce hermanos y hermanas, y su mamá y su papá casi no reparaban en ella. Se sentía sola e invisible. Por eso cuando Hadaritzta no la invitó a formar parte de la banda de rock, le dio ¡tanta rabia! que quiso hacérselo pagar. Hadaritzta pudo comprender entonces al Agujero de la Profunda Oscuridad y a Amapola. Sintió mucha lástima por ellos pues desconocía su sufrimiento. Deseó en lo más profundo de su corazón aliviar ese dolor y poner fin a aquella situación. Entonces los ancestros le hablaron del elemento aire, que era ligero, juguetón, impredecible y tenía la capacidad de comunicar en grandes distancias a personas y cosas y entre el mundo visible e invisible. Le dijeron que ella tenía ese don y que ahora era el momento de usarlo para poner amor en aquella situación, si eso es lo que de verdad quería su corazón. Ella asintió y entonces de las chispas del fuego salieron volando un sinfín de luciérnagas esparciéndose por toda la estancia, dando una luz blanca y brillante como las alas que iban apareciendo en la espalda de Hadaritzta hasta hacerse bellas y majestuosas. Se las miraba casi sin creérselo, estaba asombrada, ¿podría volar? Los ancestros le pidieron que antes de usarlas debía ofrecer su don a la Tierra, el cuarto elemento, prometiendo restablecer el amor cuando su vuelo alzara. Hadaritzta se arrodilló en el suelo frente al fuego y colocó sus manos en el corazón, cerró los ojos, atrajo a todos sus seres queridos, sus padres, los animales del bosque, sus amigos y amigas y se vio volando de vuelta a casa acompañada de El Agujero de la Profunda Oscuridad. Antes de eso Hadaritzta había podido encontrarlo y llevarlo a la cueva de los ancestros. Allí en la magia de aquel lugar pudo oír la voz amorosa de su mamá y su papá que le pedían perdón por sus errores y le deseaban que encontrara el amor fuera de aquella cueva. El Agujero de la Profunda Oscuridad lloró, les dijo

que los quería y que los echaba de menos. Y prometió que volvería al Bosque de la Eterna Primavera a cumplir su sueño, tener amigas y amigos a quien amar.

Hadaritza imaginó en su corazón a Amapola, le pidió perdón por no haberla invitado a la banda de rock de chicas, había sido sin deseo de ofenderla. Hadaritza siempre había querido tener una hermana y le pidió si quería serlo, viviría con su familia y nunca más estaría sola y sería muy querida. Amapola aceptó. Al acabar la ofrenda, Hadaritza abrió los ojos y la Tierra le respondió:

– ¡Está hecho! y por último, para salir de aquí, una canción has de cantar e “Hieskorra” se ha de llamar.

Cantando la canción Hadaritza extendió sus alas y con su aleteo la oscuridad se desvaneció, conservando el recuerdo de aquel lugar en su corazón. Agradeciendo a los ancestros sus enseñanzas alzó el vuelo y el Agujero de la Profunda Oscuridad fue inundado de luz, liberando a los animalitos encerrados en el laboratorio, que corrían y saltaban felices hacia el Bosque de la Eterna Primavera.

Os puedo contar que todo ocurrió según lo imaginó Hadaritza en su corazón. Ahora el Bosque de la Eterna Primavera vuelve a tener sus bellos colores, al Agujero de la Profunda Oscuridad, le llaman Apo, ya no está solo, es querido y quiere a los demás. Por su lado Hadaritza y Amapola viven felices como hermanas. Ahora están de gira con su banda de rock de chicas. Y al final de sus conciertos siempre “Hieskorra” han de cantar, sabiendo que su efecto mágico era verdad. Apo es su fan más entusiasta, no se pierde ningún concierto y siempre las acompaña. Parece que a Apo y a Hadaritza les ha saltado una de esas chispas del fuego de la cueva de los antepasados y ha encendido su Amor, el quinto elemento, pero eso ya es otra historia del Bosque de la Eterna Primavera.

Y esta historia se acabó y el viento se la llevó.

*Dedicado a mi padre y a mi madre,
portadores de mi esencia.*

EL TRAJE DE NINJA

ALMUDENA (DENA) ABELLÁN MARÍN

En un lugar muy lejano, escondido detrás del bosque de la alegría nació Vera. Una preciosa niña que desde muy pequeña aprendió el arte de hacerse invisible y desaparecer.

Cuando su madre rompió aguas todo su plácido mundo se paralizó y esas aguas templadas y calmas, brotaban ahora hacia el exterior atraídas por un vórtice con una fuerza sobrenatural.

Las aguas se volvieron gélidas y sacudían su cuerpo menudo y ella recién salida del útero, ya empezaba a desaparecer.

Con el vello de punta, como si de un erizo se tratase, Vera gritaba y lloraba desconsolada quejándose a borbotones.

Pasaba de unas manos a otras... frío, dolor, metal... ¿A qué huele aquí? ¿Y tú quién eres? Preguntaba la pequeña, pero nadie la entendía, claro, era una recién nacida.

Por fin, alguien la llevó de vuelta a los cálidos brazos de su mamá, quién agotada por el parto, la rescató de toda aquella crueldad.

El tiempo pasaba y Vera se había convertido en una bebé robusta y juguetona que amaba el movimiento y que gozaba lanzando patadas y puñetazos al aire, al más puro estilo ninja.

Sus primeros años de vida transcurrieron felices con su familia. A menudo, se encontraba rodeada de animales, a veces se

convertía en amazona de patos, gatos, piernas y otros objetos que la transportaban por el espacio.

Un día, cuando Vera tenía tres años, una señora muy vieja, vestida de negro y con la cara oculta en oscuridad, tocó a su puerta y sin siquiera preguntar, se llevó de un golpe implacable a Tobías, su amigo y el guardián de la casa.

Vera quedó triste, asustada por la marabunta que ese suceso había ocasionado, y enfadada porque Tobías se fue sin despedirse.

En ese mismo instante, también su papá se hizo invisible.

El tiempo avanzaba y Vera se había convertido en una ninja que danzaba en un mundo mágico en el que los animales le contaban innumerables secretos.

Solía desaparecer largas horas, a veces, incluso días, mientras sus padres buscaban el sustento para traer a casa.

El pavo, la vaca, el ternero, los pollos, perros y gatos contaban grandes historias a Vera. Unos le hablaban de miedo, otros bromeaban sobre las plumas despeinadas de la gallina. La vaca con sus ubres rebosantes de leche, le hablaba sobre su tristeza por no poder alimentar a su ternero.

—Con la cantidad de leche que tengo, —solía decir.

Un día muy frío, cercano a la pascua, se reunieron en casa unos cuantos adultos para “preparar” a los pollos que serían servidos en el banquete navideño.

Vera, sentada en un rincón del patio, veía como disminuía el número de aves. Ella, impotente, acariciaba a uno de ellos.

—No te preocupes —le decía—, a ti no te cogerán, yo soy ninja y te defenderé.

Tomás, que así se llamaba el pollo, quedó profundamente dormido en los brazos de la niña.

—Tráeme a ese, —dijo la madre—.

Vera se negó.

—No puede ir porque está durmiendo, —dijo Vera con voz rotunda—.

—Ha de venir, pues ese es su destino, —añadió la madre—.

La niña, refunfuñando e incapaz de comprender a los adultos, entregó a su amigo. El momento de la metamorfosis había llegado.

Un tono de transparencia se sumó a su piel.

Tomás, desde su plácido sueño, le trasmitía a Vera la paz que sentía por haberse realizado. También le dijo que estuviese tranquila, porque todos los seres vivos debían pasar por ese rito.

Cuando Vera tenía 7 años conoció a Titán, el caballo. Él fue quien habló a Vera de libertad y de cabalgar hacia el lugar donde viven los sueños.

Entre tanto, seguía buscando a su papá. Cualquier chico le recordaba y ella intentaba convencerlos para que danzasen con su música y charlasen con los animales pero a ninguno le interesaba.

Cabalgando a lomos de Titán, Vera fue transformándose. Ya no le interesaba tanto hablar con los animales, pues empezaba a encontrarlo aburrido. Durante la adolescencia danzó con leones, tigres y panteras pero la complacencia era efímera y el vacío que sentía hacía que Vera fuese cada vez más transparente.

A veces, la ninja bailarina debía poner en práctica todas sus artes para vencer al “enemigo” el cual aparecía encubierto con diferentes disfraces.

Unos días ganaba y otros perdía. Cicatrices de guerra aparecían en su piel.

A veces se quitaba el traje de ninja y se convertía en capitana de un barco que en honor de su viejo amigo Titán, llamó Libertad. A lo lejos, los tambores de guerra le hacían ponerse de nuevo su traje de ninja.

La transparencia que sufría era algo inaudito. Cada día que pasaba, su figura se desvanecía y a veces, le costaba muchísimo encontrarse delante de un espejo.

—Ahora ya no sé quién soy, me estoy volviendo invisible. La gente apenas puede verme.

Para luchar contra este estado, Vera bailaba en lo alto de las atalayas para asegurarse de que todos la pudiesen ver bien y, además, desde la cima podría distinguir a su padre, en caso de que apareciese.

La búsqueda de la esencia que le devolvería a su estado original, llevó a la joven a vivir grandes aventuras. Un día hasta bajó al centro de la tierra donde un dragón rojo la mantuvo presa en las mazmorras de un castillo. Largo tiempo pasó encadenada, hasta que un día apareció de nuevo Titán pero éste había cambiado, ahora tenía alas y era capaz de volar.

—A la montaña vendrás y en la cascada te bañarás y así tu cuerpo de la transparencia sanarás.

Titán guió a Vera hasta la cascada. El agua fría y cristalina rodaba por el cuerpo diáfano de la muchacha y se acordó del día de su nacimiento, pero en esta ocasión todo era paz.

En ese mismo instante, el viento llegó raudo y envolvió su cuerpo y algunas hojas de los árboles vecinos acariciaban su piel, haciéndola cada vez más visible. Los rayos de sol templaban su cuerpo hasta que finalmente, su figura se reconstruyó totalmente en el espacio.

Desde ese día Vera dejó de buscar a su padre, supo que nunca se había ido sino que, al igual que ella, también dominaba el arte de hacerse invisible.

Volvió a ser una ninja bailarina pero su traje se había quedado pequeño así que decidió hacerse otro con sus nuevas medidas. Al fabricar su nueva vestimenta, se percató de que le gustaban todos los colores del arcoíris y que además de ser ninja y bailarina, también podía ser todo aquello que quisiera.

Decidió hacerse un vestido mágico que cambiaría y se adaptaría a lo que le apeteciese hacer en cada momento.

Finalmente el viejo traje de ninja se fue desvaneciendo con el paso del tiempo hasta que desapareció por completo y en su lugar se posó una pluma de un ave, la cual solía poner en su cabello cuando danzaba en la oscuridad de la noche.

Raras fueron las veces en las que alguien vio a Vera hacerse transparente. Algunos, los que lo vieron, dijeron que aparecía un rayo y que con el sonido del trueno abandonaba la materia. Otros dicen que ya sólo lo hace cuando siente la necesidad de volverse aire o para jugar al escondite para que no la encuentren... Y así, pasito a pasito y colorín colorado, este cuento de Vera la ninja, ha acabado.

Para quien lo lea con buena disposición.

CORAJE

JUANA MARÍA VIVANCOS GABARDA

Erase una vez una niña llamada Rocío, la cuarta de seis hermanos. ¿Sabéis qué significa eso?: pues que no le hacían ningún caso porque no necesitaba la atención de sus hermanos pequeños ni tenía la madurez de sus hermanos mayores. Realmente, lo que se dice mimos, no había para nadie, eran tiempos muy duros. Rocío nació cuando estalló la guerra civil que tuvimos en España.

Hay que añadir que Rocío, a veces, torcía un ojo y eso hacía reír a sus hermanos. Su madre intentaba consolarla, le decía que como habían tenido una gatita bizca, pues que ella la imitaba. Había sido su amiga de juegos cuando era más pequeña.

Pero, ¿vosotras habéis visto alguna vez un animal bizco? ¿A que no? Pues ella tampoco se lo acababa de creer.

Rocío vivía en Murcia, en una casa muy próxima al río, al lado de Puente de Hierro. Cuando había inundaciones, desde los balcones se veían pasar muebles flotando y desde el puente se podía tocar el agua.

Era una niña propensa a sufrir bronquitis, por lo que el médico recomendó que pasara los meses más crudos del invierno en un clima menos húmedo. Por eso, la llevaron a Alhama, con su abuelo Diego, que la quería mucho. Decía que le recordaba a la abuela que, además, también se llamaba Rocío.

A veces, su abuelo hacía magia y le sacaba una peladilla de la oreja.

Allí fue muy feliz.

En la calle del pueblo jugaba al tejo y a la comba con sus amigas y hasta aprendió a montar en bicicleta. También se iba en el carro al campo con su abuelo. El caballo se llamaba Trueno y a veces hacía piruetas, porque —según decían— había trabajado en un circo.

Cuando volvió a Murcia, todo cambió: Rocío era morena, pero al estar tanto tiempo al aire libre se puso “morena retestiná”, según decía la portera, que era muy pelirroja y estaba llena de pecas. El caso es que sus hermanos la apodaron “La Cuerva” y Rocío no se encontraba a gusto, se sentía rechazada. Pero no creáis que se conformó con ese trato de acoso, ella tuvo coraje. Os voy a contar cómo les hacía frente: se fabricó un abecedario y pintó las letras con flores de colores muy alegres. Con los ojos cerrados, recorría la cartulina con la mano y, cuando los abría, la letra marcada por el dedo índice le indicaba en qué se podía convertir.

La primera vez le salió la letra “g” y así podía transformarse, por ejemplo, en una gallina. Al no ser una letra mayúscula, se convertía en un animal, era la regla del juego.

Se puso a cacarear (sólo por dentro) y se imaginó que estaba en el campo de su abuelo, picoteando en la hierba con otras gallinas amigas. Y vio una pequeña culebra que estaba enroscada en un matorral. Sus amigas se asustaron y, nerviosas, se pusieron a revolotear, pero ella las tranquilizó. Le propuso a la culebrilla que las dejara tranquilas, llegó a un trato con ella: ésta se iría si, a cambio, le daba una piña del pino para comerse los piñones. Decía que se sentía débil y necesitaba recuperar fuerzas.

Pues la gallina Rocío no se achicó. Ella no se podía subir al pino pero conocía una cuerva que picoteaba con ella en el campo y, además de ser amiga íntima, tenía más fuerza en el pico que las palomas. Y así lo hizo, pero la culebrilla era una informal y cuando se comió todos los piñones, se extendió a todo lo largo y dijo que

la dejaran tranquila, que ahora iba a dormir la siesta.

La gallina Rocío se llenó de coraje, la cresta se le puso roja como un tomate y fue a pedir ayuda a la gata bizca de su abuelo. Y, como era de esperar, la culebrilla se asustó, dio un respingo y se fue para siempre.

Bueno, todas las gallinas, hasta el gallo, la aclamaron, cacareando sin parar. Se notaba que la querían. Y eso que aún no había aprendido a poner huevos, aunque a veces lo intentaba. Y, cuando se puso el sol, felices se recogieron en el corral – como todas las noches— por si aparecía la zorra.

Ya veis: Rocío tenía coraje y no se achicaba.

Algunas tardes iban de camino al colegio con su padre, que les compraba unos cartuchos con dátiles adobados en un puesto ambulante que había en el puente. Siempre aparecían chiquillos gitano que vivían allí. Su padre también los invitaba, eran sus amigos. Entonces, a sus hermanos les dio por decir que ella era también gitana. A Rocío eso le agradó muy bien, porque, además, había visto una película de Lola Flores y le gustaba mucho como cantaba y bailaba. Pero, entonces, le contaron que sus padres la habían comprado por una peseta porque la iban a abandonar y les dio lástima. Eso sí le dolió a Rocío. Y le dio mucho coraje.

Esa noche le salió la letra “H” (con mayúsculas) ¡Qué contenta se puso! Podía convertirse en un hada. Pensó en unas alas como las de una mariposa que vio en el campo de su abuelo. Eran con lunares, como el vestido de Lola Flores. Y se imaginó vestida con el traje de la Primera Comunión, que era precioso, con bordados y puntillas.

Ya preparada, empezó a flotar en el aire. Se acordó de la varita mágica y cogió la pluma estilográfica que le había regalado su abuelo. Salió volando por la ventana. Al pasar, vio una luciérnaga encendida y se la puso en la cabeza.

Había una luna preciosa y ella brillaba tanto como todas las

estrellas juntas.

Cuando pasó por encima de la palmera que hay en el campo de su abuelo, vio a su perro, que acosaba a un pobre erizo. Lo llamó y con la varita mágica le envió una pelota para que jugara. El erizo pudo escapar, salió huyendo y no por pies, sino por púas.

Satisfecha porque había hecho una buena obra, se sintió feliz y siguió volando y volando... Y vio un río con un puente donde se veían unas personas que decían... ¡Uy!, os están llamando, ya os tenéis que ir.

Yo me quedo aquí con Rocío y su coraje para ser felices y comer perdices, si tenemos ganas.

Hasta pronto, nietas. Bueno, no, hasta siempre.

*Gracias a mí gran familia y a todos esos seres maravillosos
que forman parte de este cuento.*

EL CONJURO MÁGICO

LAURA MORALES NAVARRO

Erasede una vez una pequeña princesa que vivía con su gran familia en un austero castillo, amurallado por una cadena de montañas cubiertas de pinos.

Su familia era muy extensa: cinco hermanos, padres, abuelos, los otros abuelos, primas y tías. Todos vivían juntos y revueltos desde que el más viejo del reino podía recordar y todos sufrían en silencio un hechizo maldito.

Cuando un miembro de la familia quería abrazar a otro, las manos comenzaban a crecer y crecer con tal magnitud que llegaban a aplastarlo.

Cuando un miembro de la familia se proponía escuchar, las orejas se volvían grandes, tan grandes que todo crujía produciendo un ruido espantoso, sin poder oír con tranquilidad lo que le estaban contando.

Cuando un miembro de la familia quería acariciar a otro, las uñas le crecían arañando todo lo que tocaba a su paso.

Y lo peor sucedía cuando la alegría llegaba a la familia. De repente, sus cuerpos se llenaban de lágrimas y más lágrimas llenando a borbotones sus enrojecidos ojos cristalinos. Entonces, los miembros de esta familia corrían hasta la dependencia del castillo que hubiera vacía para esconderse y poder cortar semejante sensación.

Curiosamente, ningún miembro de la familia se daba cuenta que esto pasaba. Un día la pequeña princesa le preguntó a su madre:

—Mamá ¿qué nos pasa?

Su madre, mirándola de reojo, le contestó:

—¿Qué nos pasa de qué? Aquí no pasa nada, esto hija mía ocurre en todas las familias. En ese momento la pequeña princesa se dio cuenta de que era la única que podía ver que su familia sufría un hechizo maldito. Así que a escondidas creó un plan: cuando creciera buscaría el conjuro mágico y rompería definitivamente el hechizo maldito.

El tiempo pasó y después de muchas noches de San Juan los deseos de la princesa, ya no tan pequeña, se hicieron realidad. Sus padres le concedieron, con orgullo, el permiso de viajar.

La noche antes de partir, su padre la despertó, aún era de madrugada.

—Ven, tengo algo para entregarte.

Era un caballo blanco, tan blanco como una nube y con un cuerpo fuerte y atlético que le hacía ser tan veloz como un rayo.

La princesa, impresionada, recordó el vértigo que solía recorrer su cuerpo con la velocidad.

—Confía en él —le dijo su padre—. Éste no es un caballo cualquiera, está enseñado para conectarse a través de tus pensamientos y tu corazón, no a través de la soga y el sometimiento. Con él puedes sentirte segura —replicó su padre—.

La princesa asintió sintiéndose afortunada de contar con compañía para su viaje. A la mañana siguiente, sin pensárselo dos veces, comenzó a galopar sin mirar atrás. Cruzó ríos, montañas y enormes llanuras hasta que llegó la noche e hizo la primera parada en el Bosque de las Frutas. Allí encontró una casa árbol muy acogedora donde plácidamente descansó y, con el sueño profundo, su abuela le regaló unas sabias palabras.

—Vengo a darte una lección de vital importancia para tu viaje. Cuando hables, camines o corras hazlo sin recelo. Si te expresas desde el miedo y sientes desconfianza todo se inundará de tristeza. Confiar en las personas es confiar en la vida, es confiar en el proceso de tu viaje. Si confías plenamente en las personas y le das tu confianza, las personas también confiarán en ti y conectarás con la alegría de la vida.

Con la luz del sol, todo el bosque se despertó y la princesa se desprendió confiada y pletórica. Todo lo que su vista alcanzaba estaba lleno de frutas rebosantes de color, texturas y formas. Comenzó a picotear de aquí y de allá y, mientras saboreaba con regocijo el manjar, apareció un gnomio.

— ¿Qué buscas en este bosque? ¿Te puedo ayudar en algo? —le preguntó el curioso gnomio.

— Ando buscando el conjuro mágico que rompe el hechizo maldito, ¿sabes si está en este bosque? —contestó la princesa.

—El conjuro mágico solía crecer en estas laderas, pero desde el fatídico incendio desapareció. Si quieres encontrarte con él tendrás que viajar a la Isla del Norte, allí sigue floreciendo.

—¿La Isla del Norte? Ese lugar queda muy lejos, mi caballo no aguantará una trayectoria tan larga—replicó la princesa.

—En caballo tardarías meses, la ruta más corta es subiendo a la colina más alta y allí esperar a que pase una nube blanca, ella te llevará a tu destino.

—¿Una nube blanca? Con el miedo que me dan las alturas, arrrg.

Una vez más la princesa cogió fuerza y recordó el consejo de su abuela, si quería conseguir su propósito tendría que confiar.

La princesa le dio las gracias al gnomio y cabalgó hasta la colina más alta. Allí, con lágrimas en los ojos, se despidió de su caballo, más blanco que una nube y más veloz que el rayo, agradeciéndole el camino que habían recorrido juntos.

La nube blanca apareció y, cerrando los ojos, la princesa saltó de un brinco acomodándose en la nube. Cuando se le pasó el susto incluso disfrutó del paisaje. Tras unas horas flotando en la nube aterrizó en La Isla del Norte donde le esperaba una importante misión, encontrar el conjuro mágico que rompería el hechizo maldito.

Todos los habitantes de la Isla del Norte hablaban un idioma que la princesa no entendía, así que mediante señas comenzó a conocer a seres que allí habitaban, la mar de pintorescos. Cada cual era de un color, una forma y un lugar distinto. Algunos iban en manada y otros, como ella, habían llegado a la isla buscando algún conjuro mágico para resolver hechizos malditos variados. Al poco tiempo, la princesa comenzó a comunicarse con soltura y tuvo que hacer un esfuerzo por no distraerse, todo era muy nuevo y divertido. De repente un día intentando cazar una mariposa se cruzó con grupo de mariquitas de colores brillantes y fosforitos.

—Hola, ¿sabéis dónde encontrar El Conjuro Mágico? —preguntó la princesa.

—Jijiji, —rieron todas al unísono—. Nos fascinaba ese conjuro, pero desafortunadamente dejó de crecer en la isla desde la última inundación. Ahora el único lugar del mundo en donde crece es El Desierto de Sal —contestaron las mariquitas.

—¿Está en otro lugar? ¿En el Desierto de la Sal? ¿Cómo puedo llegar allí? La nube no aguantará tal recorrido, seguro que llueve y se rompe a medio camino —refunfuñó la princesa con un tono de decepción.

—Tranquila princesa, suena más lejos de lo que está. En rayo llegarás en unos segundos. Además es un lugar fascinante.

—¿En un rayo? ¿Subirme a un rayo? ¡Donde no existe el tiempo ni el espacio!

—Nosotras lo hacemos una vez al año y nos sienta requete-bién. La primera vez da impresión, pero luego el viaje es fascinante —replicaron las mariquitas al unísono.

La princesa enmudeció por el miedo. Pensar en montar en rayo le aterraba. De nuevo, recordó las palabras de su abuela, como si de un mantra se tratase: confía en las personas, en el proceso, en la magia de la vida. Así pues, se dispuso a transitar su miedo dándose cuenta de que su angustia era más grande cuando pensaba en montarse en el rayo que la angustia que realmente sentía cuando al fin subió. Y así, de repente, ¡ZAS! Apareció en un plis plas en El Desierto de la Sal.

El cielo se confundía con la tierra, las nubes blancas contrastaban con el azul puro del cielo y se reflejaban en los charcos de agua que había provocado la lluvia. El cielo y la tierra se tocaban en un tierno idilio.

—Si Dios existe está sin duda en este lugar —pensó la pequeña princesa—. Estupefacta por el paisaje que contemplaba, tuvo que tocarse para sentir que no había muerto. Cerró un par de veces los ojos para comprobar que esa imagen era real y en uno de esos parpadeos un sapo se cruzó en su camino.

Era un sapo dicharachero, le recordaba a los sapos con los que jugaba de pequeña, había algo de familiar en él.

—¡Eres tú verdad! ¿Tú conoces el Conjuero Mágico? Dime que sí, dime que sí —exclamó la princesa con voz viva.

—Sí, así es princesa, yo conozco el Conjuero Mágico —replicó el sapo.

—Yupiiii, yupiiii, yupiiii,..

—Sin embargo, el Conjuero Mágico solo funciona si se cumple una condición: cada persona que lo aplique tiene que confiar en su poder, si no confía en el Conjuero Mágico éste no tendrá poder alguno sobre esa persona —explicó el sapo.

La princesa se sintió confundida, pero si ella había confiado ¿por qué no lo iba a hacer su familia? Solo había que confiar en el proceso que, al fin y al cabo, es confiar en la vida —pensó.

Eufórica por haber encontrado por fin el Conjuero Mágico y sobrecogida por el paisaje angelical decidió que era el momento

de regresar a casa para romper el hechizo maldito. Así que volvió a subirse al rayo y en un ¡ZAS! pareció en el castillo donde su gran familia seguía viviendo.

La princesa llegó a la muralla del castillo y antes de tocar la puerta un escalofrío recorrió su espalda, algo raro había en el ambiente, algo había cambiado.

Su hermana fue corriendo a abrirle la puerta y con la voz entrecortada le contó las malas noticias:

—Papá está a punto de morir.

La alegría de encontrar el Conjuero Mágico se difuminaba con la angustiosa noticia de que su padre estaba a punto de morir.

¿De qué sirve haber encontrado el Conjuero Mágico si ahora mi padre se muere? ¡Nada tiene sentido! —gritaba furiosa la princesa.

Ese grito se hizo llanto y como no podía dejar de llorar por el desconsuelo, su padre, entre esta vida y la otra, le habló.

—Es mi momento de marcharme, pero yo seguiré viviendo en ti, eres mi hija. Tu compromiso ahora es aplicar ese Conjuero Mágico en tu vida y compartirlo con otras familias que sufren el mismo Hechizo Maldito. Esas familias te lo agradecerán en forma de amor y abundancia.

La princesa escuchó, repitió e incluso escribió las palabras de su padre en un cuento maravilloso para no olvidarlas jamás. Poco a poco, pudo girarse y se dio cuenta que su madre seguía ahí y pudo fundirse en un abrazo sentido y profundo. Gracias al Conjuero Mágico, se escuchaban, se acariciaban e incluso reían juntas sin que les brotasen las lágrimas.

Y así fue como la princesa comenzó su nuevo camino. Abrazando a su gran familia y creando la suya propia con mucho amor. Y lo que es mejor, ayudando a todo aquel que sufría algún tipo de Hechizo Maldito.

Y colorín colorado este cuento se ha acabado.

A la que esperó toda una vida.

EL BOSQUE DE VOZ CLARA

MARÍA JOSÉ GRASA CÓLERA

Hace mucho tiempo, vivía una familia de Magos Botánicos que esperaba la llegada de su segunda hija cuando, súbitamente, una avalancha de oscuros nubarrones sin lluvia, atravesaron la región dejando a su paso una maligna emisión. Su origen era el encantamiento de un nigromante supremático que envidiaba la existencia de otros magos que poseyeran mayores conocimientos que él. A consecuencia de esa mala magia el padre falleció y, dos meses después, la madre daba a luz a la pequeña Clara.

Mientras las niñas crecieron su madre nunca les habló de los grandes poderes que había tenido su familia en otra época. Además, como ya no se dedicaba a la magia y tuvo que buscar otras ocupaciones para vivir, decidió llevar a las niñas a un internado en la montaña. El edificio de la escuela era un precioso palacete situado en medio de un gran bosque de pinos. Allí las chicas compartieron vida con otras internas mientras crecían en un ambiente de cantos, danzas y juegos. Y donde aprendieron cómo los árboles, flores y pájaros pueden ser parte de tu familia.

Eran dos bellas jóvenes cuando llegó el momento de abandonar el colegio. En la gran ciudad, junto a su madre, les esperaba una nueva vida. No había pasado mucho tiempo desde su llegada, cuan-

do la mayor de las hermanas, Sara, fue raptada por uno de los favoritos del rey. Este despótico personaje secuestró a la joven y la llevó muy lejos de su familia. Matilda, la maga—madre, y Clara estaban desconsoladas, pero la joven no se resignaba a esa pérdida y solo tenía en la cabeza un pensamiento: liberar a su hermana.

Como Clara no esperaba recibir ayuda de nadie, aceptó casarse con un guerrero que en ese tiempo estaba organizando una revuelta para destronar al rey. Pasado algún tiempo sus planes bélicos cambiaron y decidió partir al otro lado del océano, acompañado de su mujer. Clara pensó que un nuevo mundo eran otros horizontes de sabiduría y tal vez de respuestas a sus dilemas, y se embarcó en la aventura.

Una vez instalados en el territorio tropical, a la vez que la joven descubría un universo de vivos colores que inspiraban las ganas de vivir, se daba cuenta de que había dejado de hablar la misma lengua de su marido. Pero lo más terrible, es que se apercibió de que el contacto con el ambiente guerrero, había hecho que se sintiera invadida por pozo profundo y seco en el interior de su ser. Sentía una sed inmensa, y era esta, una sed de alma. Clamó con todas sus fuerzas, lanzando su grito hacia el universo, pero creía que posiblemente nadie la escucharía. Sin embargo cuando llegó a su casa y se sentó en el jardín, una pequeña mariposa fue a posarse sobre el dorso de su mano. Lucía esta criatura unas alas de irisado nácar con un ribete dorado y en la parte baja de su cuerpo tenía una escobilla de largos hilos de oro. La mariposa permaneció un buen rato frente a ella, mientras iba rítmicamente desplegando su larguísima trompa en espiral. Clara estaba segura de que quería comunicarle un mensaje y lo iba descifrando:

—Por algún tiempo seguirás un camino solitario donde podrás ver cosas maravillosas y encontrarás respuestas.

Después de la visita de la mariposa, la vida cotidiana empezó a intercalarse con episodios reveladores por los que la mujer entendía que le habían sido concedidos poderes de visión.

Algunas veces salía al campo y veía cómo plantas, flores y árboles celebraban la Fiesta de la Luz. También podía ver los rostros de los ángeles en la carita de los bebés. Y alguna noche nublada podía ver un inmenso árbol de la vida que ocupaba la inmensidad del cielo.

—Tengo que buscar en los libros de sabiduría y también encontrar personas para compartir lo que me está pasando — pensaba Clara.

Y comenzó una época de lecturas y de recorridos por diferentes comunidades espirituales. Precisamente cuando estaba puesta en esa tarea, sobrevino una terrible catástrofe. Un día salió a la calle y vio como unos gigantescos cuervos negros y grises obstruían la vista del cielo. El paso de esas bestias produjo gran destrucción en el país. También ella quedó afectada. Sentía que un torbellino le hacía perder el rumbo de su vida. En ese estado de desorientación intentaba tocar algunas puertas para dialogar, pero no podía hacerlo porque se había quedado muda. Ante la destrucción presente, ¿a quién le podría interesar y para que podrían servir sus fantásticas visiones paradisíacas? En aquel tiempo solo el refugio de la bondad y la alegría de sus dos hijas le daban fuerza para seguir en el mundo y encontrar algún sentido. Un día que Clara caminaba por la selva, encontró unas gentes ataviadas con diseños de espirales, fractales y figuras de especies entrelazadas. La invitaron a unirse a las danzas de la comunidad que dibujaban círculos invocando a las energías cósmicas. Danzó con ellos fundiéndose en un solo latido y sintió que había regresado a su eterno hogar. Luego entró en una cabaña de palmas que tenía una hamaca—canoa colgada en medio del pequeño espacio. Después de descansar profundamente, antes de que amaneciese, sintió que la canoa se deslizaba por un túnel que desembocaba en una playa. Allí, sobre la arena, observó una botella que contenía un papel. Acaso sería uno de esos mensajes de socorro que lanzan los náufragos. Al abrir el mensaje pudo leer tres palabras: EL BOSQUE PERDIDO. Dobló el papelito y lo guardó para meterlo en una bolsita de amuleto

y llevarlo sobre su corazón. Entonces vio como a la canoa le salían unos extraños remos alados. Subió en ella y atravesando velozmente el océano devolvió a Clara a su tierra natal. Cuando llegó, encontró a la maga—madre, enferma y anciana, esperándola. Pero no se iría a vivir en otras dimensiones sin mostrarse ante su hija con su verdadera identidad resplandeciente de belleza y bondad.

En adelante, aquellas tres palabras: EL BOSQUE PERDIDO, le servirían a Clara para realizar incesantes combinaciones de alquimia verbal con las que construir hermosas historias que liberarían manantiales de luz.

*A todas las personas que caminaron,
caminan y caminarán conmigo.*

ZAPATOS

ÁNGELA FERNÁNDEZ MOYA

Hace mucho tiempo, vivía una familia de Magos Botánicos que esperaba la llegada de su segunda hija cuando, súbitamente, una avalancha de oscuros nubarrones sin lluvia, atravesaron la región dejando a su paso una maligna emisión. Su origen era el encantamiento de un nigromante supremático que envidiaba la existencia de otros magos que poseyeran mayores conocimientos que él. A consecuencia de esa mala magia el padre falleció y, dos meses después, la madre daba a luz a la pequeña Clara.

Había una vez, en el centro de un pequeño pueblo, una habitación escondida en lo más profundo de una gran casa de piedra roja y amarilla.

En esa habitación vivían un montón de zapatos de todos los estilos... viejos, limpios, sucios, y algunos todavía por estrenar.

Dentro de cada zapato se escondían historias increíblemente alucinantes, aunque la mayoría de ellos las habían olvidado, así que todos esos zapatos se pasaban el día quejándose del pasado, pensando en el futuro, preparándose para cualquier batalla... a veces discutían entre ellos y acababan peleándose para descargar toda la tensión de todos aquellos miedos y recuerdos del pasado, por querer llevar razón o simplemente para sentirse escuchados. A veces

también se relajaban dándose caricias y besos o limpiándose unos a otros, sin embargo, casi nunca se hacían preguntas y pocas veces se escuchaban de verdad.

Entre todos los zapatos, unos pequeños zapatitos de charol negro miraban al resto con los ojos totalmente perplejos. Estos zapatitos tenían poderes mágicos, se podían convertir en los zapatos que ellos soñaran y eso les daba mucho entusiasmo e ilusión por vivir.

Pero aquellos zapatitos de charol sentían una gran tristeza al ver que los demás no eran capaces de vivir en paz y que no se reconocían a sí mismos, ni a los demás, así que decidieron salir de aquella habitación y viajar por el mundo para descubrir las fórmulas secretas que le permitirían ayudar a los demás a reconocerse y poder vivir en paz.

Leyó todos los libros que encontraba, estudió mucho y consiguió todos los títulos que hacían que los demás le dieran permiso para mirarlos, dedicó años a mirar sus suelas y aprender de sus propias plantillas, abrigó sus hebillas y persiguió el significado que se escondía detrás de cada historia.

Por el camino encontró a todo tipo de zapatos y también fue al encuentro de los mejores botines maestro, los tacones más expertos y las psicodalias más mágicas.

Caminando por su camino de búsqueda, un día se enamoró de unos zapatos muy finos que le ayudaron a ver detalles de la vida que nunca antes había visto y gracias a su amor, también fue capaz de sentir la profundidad de todas las cosas, paseaban todos los días por el monte o por la playa y disfrutaban del simple hecho de caminar.

Cada noche antes de dormir juntaban sus hebillas y se sentían en comunión con todo el universo.

Pero estos zapatos tan finos escondían la misma dificultad que aquellos zapatos escondidos en la habitación del fondo de la casa de piedra roja y amarilla, eran incapaces de vivir en paz, reconocerse a sí mismos y mucho menos de reconocer a aquellos pequeños zapatos de charol negro, y eso acabó separando sus caminos.

Tocaron las campanas, los perros ladraron, los coches pitaban en las calles y aquellos zapatitos de charol tuvieron que volver a caminar en soledad.

Pasó el tiempo como el sonido de unos pies descalzos y aquellos zapatitos poco a poco pudieron volver a caminar deprisa en busca de todos los secretos que se escondían detrás de cada zapato que le pedía ayuda, conoció a tacones nuevos y se reencontró con alguna sandalia que hacía tiempo que no veía, volvió a bailar y también a correr y a saltar.

El día menos esperado ¡chin! De repente se convirtió en unos preciosos zapatos de cristal y después ¡zas! En unas botas de montaña y de repente ¡Cataplón! En unas aletas de buceo... y entonces se dio cuenta de que con tanto buscar, también se habían olvidado de reconocerse a sí mismos y recordó sus poderes mágicos: Podían convertirse en los zapatos que necesitasen ser en cada momento, con la condición de que al hacerlo, nunca se olvidaran de que aquello, era sólo un hechizo y que en realidad eran mucho más que unos simples zapatos, y así entendió que también el resto es también el zapato que mejor sabe ser en cada momento, pero que en realidad todos somos mucho más que unos simples zapatos.

Gracias a esta toma de conciencia, vivió feliz e hizo felices a los demás ayudándoles a reconocerse a sí mismos y a entender los secretos de cada uno de los zapatos en los que se habían convertido, creían que deberían ser o habían olvidado que eran.

Y colorín colorado, este cuento salió volando sin necesidad de usar zapatos.

AL FINAL, BRILLÓ

JUANA PUERTA FERNÁNDEZ

Había un cielo estrellado en aquella aldea diminuta y preciosa en medio de aquel bosque grandioso y con diferentes tonalidades de verdes. Todo estaba preparado para recibir a la que durante un tiempo sería la hija pequeña de la familia de luciérnagas, pues aún aparecería una última hermana que cerraría el círculo y le robaría el trono, el cual había sido robado cruelmente a la hermana mayor, sin muchos preámbulos.

El nacimiento fue justo el mismo día que el de su padre, llamado Or, pero unos años después, claro está. Todo transcurrió con algarabía, pues Ici, que así la llamaron, tenía tantas ganas de salir al mundo, que lo hizo sin dar tiempo a nada.

A partir de ese momento todo fue mágico y divertido, según su madre, que se llamaba Am. Ici era un verdadero trasto que no la dejaba descansar, pues no paraba de iluminar a deshora, gastar bromas y perpetrar pequeñas fechorías a sus vecinas las hormigas.

Era una familia muy hacendosa y trabajadora, de hecho eran las encargadas de dar luz cuando la luna no salía de su escondite, esas noches eran especialmente duras, pues toda la familia tenía que afanarse en dar luz y que nadie se perdiese o tuviese un accidente.

Con el tiempo, las tres hermanas fueron descubriendo que cada

una de ellas tenía un don, el cual, cuanto más lo practicaban, iba cogiendo fuerza y las hacía más especiales. Al principio, ninguna compartió con las demás de qué se trataba su pequeño secreto, pues pensaban que las hacía raras y les daba miedo ser diferentes.

Fel, que así se llamaba la mayor, tenía el don de escuchar sonidos y voces muy lejanos. Cuando algún vecino se perdía en el bosque y gritaba, a ella se le iluminaba la cola, no podía controlarla y era muy incómodo. Al principio, sus padres pensaron que le pasaba algo raro y que debían de cuidarla y protegerla mucho, por si algún animal peligroso, o un humano, la veía en algún momento inadecuado e intentaba atraparla para comérsela o encerrarla en un bote –costumbre humana que las luciérnagas nunca entendían.

Ici, la hermana mediana, tenía el don de estar atenta a todo, daba luz sin descanso y a veces necesitaba mucho tiempo para recuperarse. A sus padres, Or y Am, solo les preocupaba que dosificase las fuerzas, pues a veces era tan intensa que también los superaba en fuerzas a ellos. Aunque en el poblado no tenía grandes amigos, pasaron los años llenos de aventuras, pues Ici necesitaba investigar y solía adentrarse en el bosque para descubrir nuevos habitantes o lugares maravillosos.

Dad, que así se llamaba la hermana pequeña, tenía el don de poner orden en los momentos más difíciles y complicados, de hecho su luz se tornaba de color azul cuando la situación empezaba a descontrolarse. Las demás luciérnagas la miraban con rareza, pues incluso a veces parpadeaba cuando ponía orden y a ella le daba un poquito de vergüenza. A sus padres, que estaban muy ocupados con las dos hermanas mayores, Dad no dio grandes quebraderos de luz, aunque también hacía de las suyas. En una ocasión, al final de un día muy intenso de trabajo, se escapó y se tatuó tres estrellas en sus pequeñas alas, pues le encantaba soñar mirando el cielo.

Conforme iba pasando el tiempo, Ici y Dad, fueron a la escuela superior de luciérnagas a perfeccionar el arte de dar luz, deseaban

aprender nuevas técnicas lumínicas y conocer a nuevas luciérnagas con las que vivir nuevas aventuras. De hecho, Ici tuvo la suerte de encontrarse con Man, una luciérnaga que estaba en su misma clase y con la que tendría para siempre una relación de amistad muy especial. Para Dad esos años fueron muy intensos y de ellos también consiguió grandes amigas. Fel decidió no salir del poblado y allí, junto a sus padres, aprendió a controlar su poder y mejorar otras muchas técnicas.

Lo que sucedió después fue muy inesperado, porque en cuestión de muy poco tiempo, Fel conoció a su media naranja un día volando por el bosque en una noche estrellada y hermosa, se llamaba Iz, y con él empezó su propia historia. Ici, estaba un día explorando, cuando de repente vio a una luciérnaga que estaba intentando domar a una mariquita azul, en ese momento supo que sería su compañero de aventuras, se llamaba Car. Poco después, no se sabe si fue el destino o la magia la que los unió, juntos tuvieron una luciérnaga pequeña llamada As. Dad, después de pasarlo muy bien, un día conoció a Ser, una luciérnaga divertida y muy aventurera, que le dio sosiego y una bella y pequeña luciérnaga llamada Eni.

Todos ellos formaban una hermosa familia de luciérnagas, que disfrutaban mucho juntos, trabajando, viajando, comiendo... de hecho no había día que no supieran nada los unos de los otros. Or y Am estaban muy orgullosos de lo que habían creado, de hecho la llegada de As y Eni los colmó de ilusión.

Los días transcurrían sin grandes incidentes, las tres hermanas, Fel, Ici y Dad, habían conseguido dominar sus poderes y un día se atrevieron a compartirlos, todos estaban asombrados y decidieron ponerlos en práctica en el bosque. Esa noche fue muy especial, pues rieron, lloraron y sobre todo se prometieron no volver a ocultarse ningún secreto.

Pero esa noche, no fueron conscientes de que no estaban solas en el bosque, pues había una pequeña y escurridiza hada que obser-

vó con sorpresa los dones de las tres hermanas. Cuando hubo amanecido, el hada volvió a su país, contando a su triste rey lo que había visto aquella noche estrellada. Este que no podía creer el relato de la pequeña hada, y emprendió un viaje con destino al poblado de las luciérnagas. Cuando hubo llegado, mandó buscar a las tres hermanas, y compartió con ellas que tenía un hijo perdido por tierras lejanas y que después de todos los intentos para encontrarlo no había obtenido frutos, pero nunca perdió la esperanza de volver a abrazarlo.

Entre lágrimas, el triste rey pidió consejo y ayuda a las tres hermanas, Fel, Ici y Dad. En ese momento, bajo la atenta mirada de sus hermanas, Fel, que siempre había sido muy tímida, se propuso como la mejor opción en esa búsqueda, que se tornaba ardua, larga y sobre todo muy lejana a la familia a la que tanto cuidaba y amaba. Las hermanas discutieron, Ici y Dad no querían que Fel se encargara de realizar ese trabajo sola. Or y Am, su padres, tampoco aprobaban la decisión de que su hija preciosa se marchase a un lugar incierto y muy lejano, pues siempre había estado muy cerca de ellos. Iz, no aprobaba la decisión de Fel, pero junto a esa emoción la miraba con admiración por la fuerza que ella mostraba en una situación tan complicada.

Fel partió un caluroso día de verano y la familia quedó desolada y triste, pero también admirada por la fortaleza que Fel había mostrado.

Al poblado seguían llegando aventuras que estaba viviendo Fel, sus luchas con dragones y grandes monstruos, pero no conseguía encontrar al hijo del rey.

Un día, la familia de luciérnagas, recibió una carta llena de palabras de amor donde Fel informaba que había recibido informaciones de que el hijo del rey se había ido a otro país muy, muy lejano, y que iba hacia allí, y que no sabía cuándo podría volver ni enviar una carta. Además les escribió con unas letras mágicas, que solo aparecían cuando la carta era leída por su familia. Les decía que cuando la

echasen de menos mirasen al cielo y ella siempre sería la estrella más brillante del universo, dispuesta a escuchar y ayudar en todo lo que fuese necesario.

De hecho, cuando algún miembro de la familia necesita a Fel, busca la estrella más brillante y allí está, como siempre, dispuesta.

Y este cuento no se acaba con un colorín, colorado, porque sigue vivo y sigue brillando.

*A los paseantes alegres
por las grandes avenidas del tiempo.*

DE UN PLANETA

AURELIO RODRÍGUEZ MUÑOZ

Érase una vez un niño muy pobre, que nació en una familia humilde de campesinos labriegos. Era el mayor de tres hermanos; era el primer hijo, el primer sobrino, el primer nieto, y el primer biznieto. Por todo ello cuando vino al mundo fue toda una celebración; aunque él se resistía a llegar. Nació en una casa muy grande y destartalada, desmadejada y abandonada, una casa húmeda, fría y gris. Los campesinos padres amaban la tierra que trabajaban como a un hijo más. Formaban parte de una larga tradición de campesinos, que soñaban con poseer su propia tierra, cultivarla y vivir una vida humilde y normal, sin mayores pretensiones. Por eso cuando nació el primogénito se asustaron; porque, de repente, un halo de intuición les susurró al oído, que era un niño distinto, que sería una persona especial, llamada a cumplir un destino grande.

Creció rodeado del cariño de sus padres, familiares y vecinos. Pero le seducía la vida de los nobles. Quiso abandonar la aldea muy pronto para dirigirse al castillo. Sus padres desde muy joven lo entregaron al señor feudal. A este niño el castillo le seducía con sus torres, almenas, murallas, catacumbas, túneles y puentes elevadizos. La vida en este recinto suponía un estilo de vida que él añoraba, y al que secretamente aspiraba llegar algún día. Ahí podría aprender a leer los manuscritos por los que ya desde niño sentía curiosidad, y

que siempre deseó descifrar. Acompañado de un mago atravesaba las dependencias soñando con llegar al cofre en donde se guardaba la llave secreta de la sabiduría. Pero siempre encontraba guardas reales que le impedían el paso. Otras veces se perdía entre la infinitud de pasadizos secretos laberínticos que parecían dar a todas partes y a ninguna. En otras ocasiones la sala del cofre estaba tan lejos de donde él se hallaba, que hubiese necesitado días para llegar hasta ella. Y hubo, en fin, otras veces, en que se entretenía oliendo el perfume de las flores del jardín, o escuchando el rumor del agua de la fuente del claustro. Todo eran trampas y pruebas para que nuestro héroe no alcanzase la llave.

Ya de adolescente fue encerrado en un alto torreón, desde donde divisaba todo el castillo y las zonas aledañas. En este encierro el muchachito lloraba y lloraba durante días y días desconsoladamente. No había nada ni nadie que reparase su tristeza. Quería salir del torreón y viajar por el ancho mundo a la busca de emociones y aventuras; pero lo habían secuestrado, y él no sabía de qué manera pedir salir de aquella pesadilla, de aquel encantamiento. Un año con todos sus días y sus noches pasó encerrado en aquel calabozo. Durante ese año se dio cuenta de que estaba solo, de que el torreón era muy alto, de que si saltaba, o se dejaba descolgar por una ventana, muy probablemente moriría, de que nadie vendría a sacarlo de su encierro, de que él era el que tenía que salvarse, y esperar con confianza y fe a que la salvación le llegase cuando fuese el momento.

Cuando, por fin salió del torreón, echó a andar vacilante y tímido, no conocía nada de la vida de aquel castillo ni de aquella aldea. Se encontró de frente con un gigantesco dragón enfurecido de ojos verdes y hocico humeante, que le lanzó una bocanada de fuego que le chamuscó el cabello, y le enrojeció la piel de la cara y del cuerpo. Humillado por la vergüenza, corrió desesperadamente hacia el río, y se sumergió en él. Allí pudo chapotear en el agua con alegría, lavar su cuerpo, y renacer por fin lanzando al aire cánticos de alborozo.

Aquella agua devolvió la luz de la vida a sus vidriosos ojos de doncel doliente. Unos titiriteros pasaban por allí y lo escucharon. Le dijeron si quería sumarse a ellos. Él encantado, fascinado y feliz, dijo que sí inmediatamente, y se subió al desvencijado carromato de feriantes cómicos. Con ellos anduvo por países y tierras lejanas representando historias fantásticas y legendarias. Con ellos formó una nueva familia, y durante mucho tiempo fue muy feliz.

Como la felicidad no dura siempre, el dragón envidioso de su suerte, nuevamente le salió al paso enfrentándose a él. Nuestro amigo esta vez decidió sabiamente no luchar contra él. Fue una decisión espontánea y audaz que le surgió de forma inesperada desde el corazón. Una luz interior le iluminó el corazón y le iluminó el camino en esta ocasión para obrar lo correcto. El joven miró al dragón a los ojos y le contó un cuento. El dragón se durmió. Fue así de fácil. No hubo trucos. No hubo violencia, ni defensa. Tan solo le habló mirándole a los ojos, y toda la fiereza y crudeza del dragón sucumbía como un hilo de riachuelo estrecho que se tragara la tierra. Después nuestro héroe brincó por entre las crestas del dragón. Las crestas por el alto lomo semejaban una montaña rusa. A nuestro protagonista saltar por entre ellas le estimulaba un primitivo y ancestral vértigo de héroe triunfante. El dragón yacía en el suelo como un fardo pesado y cansado, derramado por el suelo y extendido como una enorme malla de pescado recién sacada del mar. Solo le latía el corazón. El muchacho se sintió feliz de no haber tenido que matarlo. No quería que el dragón muriese. Con saber que estaba dormido le bastaba. No le importaba que un día resurgiese. Ya había advertido que el dragón no era su enemigo, y que nunca le haría daño. Comprendió que habría muchos más dragones, y que todos ellos no serían más que personajes del teatro de su vida.

Mientras tanto en el castillo, la hermana de nuestro protagonista se había casado con un guarda real. La boda había sido por todo lo alto: fastos lujosos y excéntricos en los que habían derrochado

y dilapidado muchas riquezas del reino. Querían agasajar al pueblo y ganar su confianza. El pueblo, no obstante, desconfiaba de tanta ostentación. Las noticias de unas bodas pantagruélicas regaban de rumores todo el vasto campo de un confín a otro confín. El guarda era un intrigante villano palaciego que quería de forma bastarda hacerse con el castillo. La hermana soñaba con volver a la casa de los padres labriegos. Pero entretanto quedó embarazada. Un hada le dijo que tendría dos colibríes. Los colibríes la levantarían por el aire entre sábanas y tules de seda y le harían soñar con una vida lejos de palacio. Los colibríes llegaron y eran verdaderamente bellos. Sus sonidos agudos eran un canto que alegraba las mañanas del castillo. Bailaban alrededor de guardas, criados, mozos y ayas en una danza de fiesta continua.

El hermano había decidido ausentarse y adentrarse en el bosque. En el bosque se perdió entre árboles, follajes espesos, cañadas, lianas y maleza indómita. Una bruja perversa y fea salió a su encuentro llevándose por los aires en su escoba a una cabaña de madera. El hermano estaba hechizado. Numerosos bebedizos tomó. Había pócimas, bebedizos y ungüentos amarillos, azules, rosados, anaranjados, verdosos. La bruja fea, verrugosa y de un solo diente lo tenía embaucado. El hermano se hallaba entretenido entre estos mejunjes mágicos. Pero sus ojos y su rostro se volvían cada vez más ausentes. Al final después de mucho tiempo logró salir del bosque tras un esfuerzo denodado, y tras rezos e invocaciones de todo el personal del castillo. Un día abandonó la cabaña, se adentró de nuevo en el bosque, y poco a poco consiguió salir de él. A partir de entonces volvió a ser quien era, y volvió a la vida del castillo con su hermana y los guardas reales.

Nuestro héroe dejó a los titiriteros. Un día, cansado de tanto viajar, decidió retirarse del carromato y de las representaciones. Con gran dolor de corazón se despidió de ellos. Abrazó a todos y cada uno, y los besó en las mejillas y en el entrecejo, dando a todos su

bendición. Salió de nuevo al vasto mundo, y en esta ocasión tropezó con unos alquimistas a los que se unió nuevamente. Con ellos aprendió mucho y de muy variadas cosas. Los alquimistas, al igual que los anteriores cómicos, lo respetaron y valoraron. Estos investigadores de las texturas y de los sentidos le enseñaron a experimentar con sus emociones, y de la mano de ellos viajó ahora interiormente a muchos lugares que jamás creyó que existieran. De la mano de ellos pasó de ser un joven a ser una persona madura. Cuando terminó su experiencia con los alquimistas ya era una persona adulta, y se había transformado en quien habría de ser ya para siempre.

Con sus amigos del castillo el joven hijo de campesinos celebraba la llegada del verano cada año. Eran amigos fieles y constantes, vivían una amistad larga y duradera. Hacían deporte, se intercambiaban libros, debatían sobre política, y sobre todo hacían viajes y planes juntos, y se apoyaban unos a otros en cuestiones internas: rupturas sentimentales, aspiraciones, deseos de visitar otros reinos... Con los amigos salía a montar a caballo por entre las montañas, a descubrir nuevos lugares donde edificar y a los que evangelizar y educar. En un poblado construyeron todos ellos una escuela de niños. El colegio fue un proyecto largamente soñado. Debatieron durante mucho tiempo qué escuela construir y cómo sería esa escuela. Esta fue una de las experiencias más gratificantes de las que le tocó experimentar en su vida. A la escuela se acercó un zorro que bajaba de los riscos de un monte cercano en donde proliferaban numerosos matorrales de romero. Los niños le daban de comer cada día entre risas, juegos y expectación. A fuerza de tanta comida y mimo, domesticaron al zorro. Nuestro personaje estaba enamorado del zorro. Un zorro marrón, muy delgado y listo, con una enorme sonrisa y ojos de hombre sabio. Cada día saludaba al zorro con enorme alegría y amistad. El zorro se sentía muy querido. Un día desapareció y ya no se supo nada más de él. Todos los amigos y los niños se sintieron apenados. El duelo por el zorro duró mucho tiempo. Desapareció una noche

en que se vio cruzar por el cielo una fulgurante y rápida estrella azul.

El joven salió del castillo, lo abandonó. Dejó atrás a su hermana, a su hermano, a los guardas reales, a los colibríes, al dragón. Quiso alejarse de todos, olvidarlo todo, y comenzar un viaje en solitario. Se sentía cansado y harto de escuchar los mismos conflictos una y otra vez. El rey y la reina del castillo luchaban continuamente por el castillo y por las tierras colindantes. Habían conseguido dividir a sus vasallos, y se habían creado facciones a favor de uno y otro bando. La reina odiaba al rey porque pasaba mucho tiempo fuera del castillo, y recaían sobre ella todas las responsabilidades. El rey despreciaba a la reina porque no aceptaba sus requiebros y requerimientos amorosos. El héroe acudió a solicitar la ayuda de un hada para deshacer el entuerto entre los dos, que tenía aspecto de eternizarse, y de convertirse en un serial sin fin con infinitas ramificaciones, y que apuntaba a infestar la vida de todos los habitantes del reino. La invocó durante varias noches rezándole en un idioma extraño y antiguo. El hada vino en su auxilio, pero con la mala suerte de que llegó de madrugada y nuestro joven estaba dormido. Hasta tres veces vino y encontró dormido al joven. Era un hada con caperuza blanca y con un aura verde clara. Era alta y hermosa; parecía muy joven y muy mayor a la vez, tenía una edad indefinida. El muchacho lamentó profundamente la ausencia del hada. Pero se tuvo que conformar. Finalmente no llegó a verla a pesar de sus intensos deseos.

Nuestro protagonista echó a andar, y se dirigió a la playa, a una inmensa y bella playa blanca. Se sentó en una roca y respiró tranquilamente. Divisó una nube blanca y esponjosa. La nube tenía forma de carro mitológico alado, o por lo menos eso le pareció a él. Durante varios minutos se quedó ensimismado mirándola. La brisa del mar le relajó. Por primera vez en su vida se sintió libre. El azul del cielo, el sonido y arrullo del mar, la espuma brillante de las olas, el reverberar del sol sobre la arena, todo parecía acompañarle y acompasar el ritmo de su respirar y los latidos de su corazón. Se sentía sumergido

en la naturaleza, sentía como que el mar lo meciera y lo acunara, lo adoptaba como un gran y plácido seno materno.

De repente mira hacia el cielo, y descubre que una nave en forma de cazuela ovalada con la tapa invertida y ajustada a ella baja desde el cielo. Una nave gris metálica. Baja suspendida, flotante, solemne, majestuosa, ingrávida, como si no pesase, y como si los demás tuviesen todo el tiempo del mundo para esperarla. Se hace paso por entre las nubes y por entre el azul del cielo. Una compuerta se abre, y de ella descienden unos seres grandes y bellos, unos soldados azules y luminosos, unos guerreros espirituales. Se acercan y preguntan. ¿No sientes miedo de nosotros? ¿Por qué había de sentirlo, sois mis amigos? ¿Tus amigos, nos conoces? Claro que sí; vosotros venís de las estrellas, de donde yo soy, en donde está mi hogar. ¿Nos esperabas? No, pero me alegra de que hayáis venido. Gracias por recibirnos en tu planeta, en tu hogar. ¿Me puedo ir con vosotros? Ellos sonríen con picardía y con no disimulada ironía y ternura, y le dicen: Todavía no es tu momento. Todavía te quedan muchas experiencias intensas y hermosas que vivir. Es que me gustaría tanto marcharme de aquí y regresar. Ya habrá tiempo; de momento es aquí en donde tienes que estar, en donde te toca estar.

El joven se despide de los pasajeros de la nave espacial, y comienza a andar con la mirada en el horizonte, en el infinito. Camina con alegría melancólica, con tristeza suave y dulce, con una extraña felicidad interior, con un sosiego diferente, original. Anda descalzo, sus pies dejan huellas; tras él un ángel alto y rubio camina dulcemente protegiendo su camino.

“AHORA TE TOCA A TI”

Ahora es tu momento, ahora te toca a ti escribir el cuento de tu vida. Te proponemos que uses las siguientes páginas para escribir tus recuerdos. No es necesario que profundices mucho, ni que te crees un problema porque quieras contar tus memorias que ocupan seis volúmenes, no es eso. Recordar nuestro pasado, al fin y al cabo, es fabular, porque nunca sabremos si pasó de esa forma como lo recordamos, o fue de la manera como lo recuerda tu hermano o hermana, por ejemplo. Las cosas que recordamos son tan importantes como las que no recordamos, pero nuestro inconsciente nos sirve aquellas que, por alguna misteriosa razón, necesitamos recordar. Así que no le des muchas vueltas y haz un esquema de lo que te acuerdes y escríbelo aquí. Cuando hayas acabado vete a la otra parte, unas páginas más adelante, y sigue las instrucciones.

“ÉRASE TU VEZ”

Ya has terminado tus sucintas memorias, ahora te toca transformarlas en cuento maravilloso, ese que en el folklore nórdico se conoce como cuento de hadas. Revisa las partes más importantes, los personajes que aparecen, las situaciones y ve transformándolo en un cuento, en una historia tan especial que te encantará contársela a tus hijos, hijas, sobrinos, sobrinas, vecinos, alumnos... Tú eres el o la protagonista. Te pongo un ejemplo. En tus memorias ponías: “Nací en un pueblo muy pequeño y me pasaba el día jugando en la huerta con mis hermanas, nos gustaba comernos el agrillo que crecía en primavera bajo los limoneros. Un día mi padre nos dijo que teníamos que irnos a otra ciudad porque lo trasladaban en su trabajo...”

Transformado a cuento podría ser: “Llegó el día señalado por las hadas del bosque en su famosa predicción, nacería una niña de grandes ojos y cabello brillante. Y nació (aquí pones un nombre de resonancias principescas). Cuando su madre la vio lloró de alegría (cuidado con las erratas, no vayas a poner “alergia” que entonces el cuento sería muy diferente), sus hermanas saltaban de contento a su alrededor y se peleaban por jugar con ella. Cuando creció le encantaba ir al bosque a jugar bajo los árboles cargados de frutos amarillos mientras masticaba la hierba de la felicidad...”. Esto es un ejemplo. Ahora te toca a ti. Y que no se te olvide ponerle un título bonito. Érase tu vez.

Esta primera edición de “El conjuro mágico y otros cuentos” se acabó de imprimir y encuadernar en octubre de 2018.

El curso “Érase tu vez” se imparte regularmente, si tienes interés en participar puedes mirar fechas y lugares donde se imparte en la web

www.espacioparacontar.com

El conjuro mágico y otros cuentos tiene la magia del cuento fantástico –como fantásticas son nuestras vidas— pero además tiene el poder de conjurar miedos, expresar deseos inacabados, reírse de las adversidades y hasta llorar por tanta desdicha. La vida tiene esas cosas, que nos construye un cuento que, a veces, no nos gusta, otras nos apasiona.

En este tercer volumen se han recogido los cuentos escritos por Emilia Matilla Álvarez, Almudena (Dena) Abellán Marín, Juana María Vivancos Gabarda, Laura Morales Navarro, María José Grasa Cólera, Ángela Fernández Moya, Juana Puerta Fernández y Aurelio Rodríguez Muñoz. Se realizaron en el taller Érase tu vez los días 8, 9 y 10 de junio de 2018 en Murcia, en la Casa de la Piedra.

Y la magia volvió a hacer de las suyas.

www.espacioparacontar.com

ISBN: 978-84-948135-5-9



978-84-948135-5-9